

## El último hombre en la tierra

El último hombre de la tierra se encontraba sentado sobre una roca. Su entorno consistía en ruinas en lo que parecía antes erigirse una gran civilización. Se mantenía quieto y callado. No movía ni la parte más pequeña de su cuerpo. Lo único que le mantenía compañía eran brasas de un fuego ya consumado. Iluminaban vaga y tenuemente. Helaba ferozmente. El último hombre de la tierra mantenía su postura, inmóvil como las rocas cercanas. Miraba cómo lentamente las brasas perdían su calor y luz. Meditaba. Todo se desvanecía lentamente. La consumación era inminente e inmediata. Suspiró levemente el último hombre de la tierra, y dijo:

Como una fogata deja brasas,  
Todo termina siempre a escasas.  
No es algo que fuera sorprendente.  
Fue provocado por nuestro tropiezo.  
Nuestro fin era inminente.  
¿De qué me sirve el consejo?  
Ya nada cambia realmente.

¿Cómo es que no lo vimos?  
La voracidad no la puedes resistir.  
Este sentimiento yo lo combatí,  
Pero terminé como los demás  
Incluso peor, la verdad.

La condena fue impuesta por el hombre mismo.  
Culpamos y apuntamos a diferentes lados,  
Nos enajenamos y quemamos santos.  
Nos dejamos llevar por el odio, el egoísmo,  
Nos olvidamos de lo trascendente.  
Cuando ya no lo somos, irónicamente.  
Nos desviamos con la pretensión,  
Nos quedamos sin alguna emoción.  
Si la madre tierra nos hablara,  
Con mucha razón se desgarraba:  
«Hijo mío, lejos has quedado de lo que vi en ti.  
Te has fragmentado y perdido en los rincones más oscuros,  
Te has avergonzado y disfrazado con orgullo,  
En ello me has ejecutado.  
¿A caso no tenía vida para ti?  
¿No tiene lo vivo vida, movimiento,  
Cuerpo, sentidos, sufrimiento?  
¿Será porque no tengo boca  
Que me permita hablar y gritar,  
Que no me reconoces como viva?  
Sin embargo, soy como tú, tengo vida  
Si me cortas, me abro y resino.  
Si me odias, estremezco y adolezco.  
Al igual que tú, envejezco.  
Así como tú, siento miedo a la muerte».  
Nadie más provocó la extinción.  
Esta fue nuestra propia suerte.  
Nosotros mismos nos hemos matado.  
Dios mío, Dios mío,  
¿Por qué te hemos abandonado?

El último hombre de la tierra miró las brasas de nuevo. Crujió el carbón chispeando y alumbró fuertemente por un breve instante. No duró mucho la flama, pero lo suficiente para que el último hombre de la tierra pusiera de pie.

Como las brasas vienen de la fogata,  
Todo comienza con una viveza innata.  
No todo nuestro actuar fue macabro.  
Tocamos el cielo y fuimos dioses.  
¡Demonios! Defiendo mi palabro.  
Hombre, de pie. No te encorves.  
Mi corazón tardíamente ahora abro.

¿Cómo es que lo logramos?  
Lo tendrás que admitir.  
Tarde fue, mas lo entendí.  
No pensé que fuera posible jamás.  
Ciego me encontraba por mi necedad.  
La respuesta a todo estaba y estuvo  
Lejos de donde nuestro ego se detuvo.  
Vimos lo que no era visto,  
Desocultamos lo que estaba oculto,  
Construimos y creamos un mundo  
Imitando y apropiando al demiurgo  
Para superar y derrotar al trasmundo.  
Nos habremos matado y derrotado,  
Pero no sin antes la vida plena alcanzado.  
Vimos a la belleza y dijimos:  
«Somos tus hijos, observad.  
Te hemos seguido, siguiendo a la verdad  
Mientras que otros lo hicieron amando a la bondad.  
Tendrás razón, hemos fallado  
Y perdido de vista lo que decíamos era nuestro amado.  
No nos detuvo de seguir intentando y luchando,  
Aunque el mundo terminase helando  
Y ninguno de nosotros triunfando,  
Eso no nos bastó para dejarnos en el fracaso.  
Siempre habrá esperanza en el ocaso».  
Nosotros estuvimos en constante combate  
Aun cuando caíamos en el golpe final

Y recibíamos el gran y merecido arremate.  
Nuestro esfuerzo escapó lo banal.  
El hombre por fin se separó de lo animal.  
Nadie más provocó la salvación.  
Esta fue nuestra forma de devolverte.  
Nosotros mismos nos hemos librado.  
Ruega por nosotros, Señor,  
Aguarda y aguanta nuestro llegado.

Como las brasas y la fogata,  
Todo termina y comienza.  
Es el ser frente a la nada,  
El hombre es braveza y flaqueza,  
Nuestro fin era inminente,  
Pero, nuestro renacer, permanente.  
Ya nada cambia realmente.

El último hombre de la tierra renació danzando alrededor de las moribundas brasas. Su entorno consistía en ruinas donde se sostenía la más grande civilización. Movía hasta la parte más pequeña de su cuerpo. Lo único que le mantenía compañía era sí mismo ardiendo y bailando. Deslumbraba alegre e inmaculadamente. El último hombre de la tierra danzaba, cantaba y regocijaba como si contuviera a toda la humanidad en su interior. Ignoraba cómo lentamente las brasas perdían su calor y luz. Gambeteaba. Todo se desvanecía lentamente. La consumación era inminente e inmediata. Bailó intensamente el último hombre de la tierra, y las brasas sucumbieron.